

E P I L O G O



VALERIANO BECQUER

En este libro, lámpara fervorosa encendida en memoria del poeta de las *rimas*, queremos dedicar un recuerdo a su hermano Valeriano, su compañero en románticas peregrinaciones de arte, y como él, perseguido por la fatalidad.

El 13 de Octubre pasado fué el cincuenta y dos aniversario de su muerte. Cincuenta y dos años de doloroso olvido, de desconsoladora indiferencia, y mientras fueron y son ensalzados muchos que no pasaron del límite de lo mediocré, Valeriano Becquer, continúa obscurecido, sin que sea estudiada su obra, recogidos sus dibujos, sus apuntes, perdidos entre las páginas de viejas revistas, de algunas de las cuales ya no quedarán ejemplares.

No es bastante que el Museo de Arte Moderno guarde en sus salas media docena escasa de sus lienzos. Valeriano Becquer, que



supo poner en sus lápices y en su pincel un soplo de divinidad, se merece algo más, mucho más de lo que por él hicieron los hombres de su patria y de su tiempo.

¡Pobre y genial pintor! La fatalidad puso un beso sobre tu frente. Primero la miseria, el dolor de la lucha; después, cuando disipada la negra noche, empiezas a sentir las caricias de la gloria y la vida empieza a ser fácil, es la muerte la que te sale al paso; después de la muerte, el olvido.

Valeriano Becquer nació en Sevilla el año 1834. Muerto su padre y sin más recursos para defender su vida que lo que el trabajo le produjese, a él se dedicó bajo la dirección de su tío Joaquín pintor que en aquel tiempo gozaba de bastante fama. En Sevilla pasaron los años de su juventud y en ella quedaron sus primeras obras. El año 1861 viene a Madrid, donde su hermano Gustavo, casi desconocido aún, luchaba por abrirse paso.

En Madrid le espera la miseria—triste suerte de los artistas!—, la implacable miseria, que trunca sus esperanzas, que le despierta de sus sueños. El 1864 marchan los dos hermanos al monasterio de Veruela, donde Gustavo escribe las inmortales *Cartas*

*desde mi celda*, y Valeriano se dedica, infatigable, a pintar las costumbres populares. De su estancia en el vetusto monasterio son algunos de sus cuadros de más genial inspiración. Después, y siempre acompañado de su hermano, del que nunca se separó ya, recorre los más escondidos rincones de España, estudiando tipos, costumbres, y de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, va recogiendo momentos, trozos de vida, girones de luz, que más tarde eternizará en sus cuadros: «*Las carretas de los Pinares*», «*La Vendimia*», «*El Leñador*», «*La romería de Sansoles*».

Una pensión de diez mil reales y lo que a Gustavo le daban en *El Contemporáneo* es toda la fortuna de los dos hermanos. Después empieza a dibujar para *El Museo Universal*, que el popular editor Gaspar y Roig publicaba entonces. Sus dibujos de esta época, como casi todos los que salieron de su lápiz, son de costumbres populares.

Y otra vez la miseria empezaba a obscurecer el horizonte. Llega la revolución de Septiembre. Valeriano pierde la pensión y Gustavo queda cesante en el empleo oficial que desempeñaba. Y otra vez la lucha, la abrumadora lucha, el tormento de cada día, de cada hora. Pero esta racha de infortunio dura



poco. Don Eduardo Gasset y Artime fundó *La Ilustración de Madrid*, de cuya dirección se encargó Gustavo y en la que Valeriano dejó las huellas más profundas de su genio. En ella se publicaron «*El Pordiosero*», «*Una calle de Toledo*», «*Tipos de Soria*», «*Tipos Vascos*» y muchos más, que bastarían para inmortalizarle.

*La Ilustración de Madrid* fué la redención de los dos hermanos. Casi habían ya olvidado las pasadas privaciones y los días de lucha y de tristeza, y en su casita de las afueras de Madrid, rodeados de los hijos del poeta, trabajan sin descanso, hacen proyectos, empiezan a sentir la caricia de la felicidad. Pero como la fatalidad los perseguía, esta felicidad duró poco. Ahora no era la miseria la que salía a su paso y a la que tantas veces vencieron; era algo peor, algo a lo que no podía vencer su esfuerzo: era la muerte.

En Septiembre del año 70 muere Valeriano; el 22 de Diciembre del mismo año el alma de Gustavo traspasa los límites de la eterna noche.

Una tarde gris, anuncio del cercano otoño, es enterrado en el cementerio de San Lorenzo, Valeriano Becquer. Un grupo de artistas y escritores forman el fúnebre cortejo. En

tre ellos están Rodríguez Correa, Casado del Alisal, Pradilla, Fernan-Flor. Hay en sus rostros un gesto de melancolía.

Cincuenta y dos años han pasado. La obra de Valeriano Becquer, como las *rimas* y las *Leyendas* de su hermano Gustavo, venció al tiempo y no morirá nunca; pero es necesario hacer algo más, mucho más. Los dibujos en los que recogió el alma de la España desconocida, sus pueblos, sus aldeas, no deben perderse en las amarillentas páginas de viejos periódicos. Hay que pedir para la memoria y la obra del genial pintor un poco más de luz y un poco menos de indiferencia.

F. I. F.